

El atractivo de la cruz

1^{ra} Corintios 1.18; Gálatas 6.14

«Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo» (Juan 12.32).

¿Por qué nos atrae tanto la cruz?

La cruz atrae nuestro entendimiento. El cristianismo provino de un evento en la historia. No puede reducirse a una idea, ni a una filosofía, ni a una declaración. Es una Persona (Jesucristo). No es solo lo que Dios dijo, sino también lo que Dios hizo.

Según los estándares del mundo, la vida de Cristo fue un fracaso. Roma y Jerusalén no sufrieron cambio alguno por ella. Cuando Jesús ascendió al cielo, solo dejó 120 discípulos devotos en Jerusalén (Hechos 1.11–15). Eran unos desconocidos, que no tenían un centavo en el bolsillo, y que carecían de poder político (Hechos 4.13). No obstante, cuando Pedro y los demás apóstoles predicaron en el día de Pentecostés, cerca de tres mil se bautizaron. Quienquiera que piense en ello llegará a la conclusión de que el más grande evento de todos los tiempos es que Jesús murió por nosotros. El Dios que nos hizo, llegó a ser uno de nosotros en la persona de Su Hijo. ¡Anduvo sobre la tierra con nosotros y llevó nuestros pecados sobre Sus hombros a la cruz! ¡Sublime gracia!

Sobre la tierra no hay nada tan poderoso como la cruz de Cristo. La cultura trata de ofrecer a Cristo sin una cruz. El humanismo ofrece una cruz sin Cristo. La primera es religión sin sacrificio; el segundo es sacrificio sin religión. ¡Ninguno de los dos funciona!

La cruz suscita nuestras más profundas emociones. El hecho de morir Jesús en la cruz provoca nuestra indignación; también despierta nuestra admiración. El significado de ella destroza nuestros corazones. Jesús dijo: «Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo» (Juan 12.32). El magneto de la cruz atrae a la gente a Dios. Entre más cerca está uno, más poderoso es ese magneto. ¡Uno se estremece; llora; se regocija! Lo único que puede hacerse con la cruz es reflexionar en ella y recibirla con pasión. La salvación no es una transacción comercial. ¡Dentro de usted se suscitan la empatía, la compasión, el enojo y el gozo! Todos los días hay algo nuevo, diferente y conmovedor que surge de ella.

La cruz respeta nuestra dignidad humana. El todopoderoso Dios podía habernos coaccionado; en lugar de esto, nos invita. Dios no intimida. Jesús atrae a la gente, no la empuja, a Dios (Juan 6.44–47). La cruz no presiona, ni intimida, ni manipula a las personas. Pablo llamó a la vida terrenal de Jesús «el misterio de la piedad» (1^{era} Timoteo 3.16). Ningún «mito» puede transformar a una persona. Es Jesús quien transforma a las personas. Su amor hace cambiar a las personas. Él nos amó lo suficiente para dar Su vida en lugar de nosotros, de modo que nosotros pudiéramos vivir con Él eternamente; sin embargo, Él deja que seamos nosotros los que tomemos la decisión.

La cruz apela a nuestro sentido de obligación moral. La cruz es el signo «positivo» de Dios para todo lo que el mundo considera «negativo». Nadie puede permanecer neutral

al pie de ella. Caifás el maquinador, Pilato el cobarde y Herodes el despiadado, han sido ya juzgados por la historia. ¿Quién ganó? ¡Jesucristo! Él nos llama a ser partícipes de Su victoria y a llamar a otros ser partícipes de esta con nosotros. La cruz no tiene fin. Debe ser dada a otros; es lo único que vale la pena dar. ¡Nada que podamos hacer por nosotros mismos tiene valor alguno que sea permanente! Es inconcebible que los pecadores puedan gloriarse en algo que no sea la cruz.

La historia de la cruz es la más grande historia jamás contada. ¡Ella presenta el más sincero, profundo y puro atractivo!

*La cruz...
¡no hay otro camino!*

Autor: Charles B. Hodge, Jr.
©Copyright 2008, 2008, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados